

La educación media

Lorenza Villa Lever

La educación media, también llamada bachillerato y preparatoria, supone de 9 a 12 años de escolaridad. En México inició en 1867, cuando el doctor Gabino Barreda fundó la Escuela Nacional Preparatoria, con objeto de formar a los futuros profesionales, quienes por mucho tiempo, pertenecieron a las élites del joven país.

A mediados del siglo xx, la relativa paz social alcanzada, un fuerte crecimiento demográfico, los vientos del progreso —a partir sobre todo de la política de desarrollo estabilizador— y la vertiginosa expansión de la matrícula, permitieron que se incluyera a grupos sociales que nunca antes habían alcanzado este nivel de escolaridad.

En los últimos treinta años, la matrícula total de este nivel aumentó de manera extraordinaria, pasando de poco más de 300 mil estudiantes, en 1970 a 2.8 millones de alumnos, en 1998. En los últimos veinte años la educación media incrementó su tasa de absorción de los estudiantes de secundaria, de 82.5, en 1993 a 94.3, en 1996; teniendo en ese último año un incremento anual del 6.9%. No obstante estos grandes avances en la atención a la demanda, en 1996 sólo se atendía al 46% de la población entre 16 y 18 años (SEP, 1999: 7 y 64).

En México existen dos tipos en este nivel: el bachillerato y la educación tecnológica. Éstos se imparten a su vez en tres modalidades: el bachillerato general o propedéutico y el tecnológico o bivalente —que en 1996-1997 concentraban al 85.6% de la matrícula nacional— y la educación técnico-profesional, terminal, que alberga al 14.4% restante. La

eficiencia terminal de ambas opciones se puede calificar como insatisfactoria, ya que sólo la mitad la termina: en bachillerato el 57% y en educación técnico-profesional el 45 por ciento.

Como solución a las diferencias socioeconómicas de la población y con el objetivo de responder a las necesidades y aspiraciones de los nuevos grupos sociales que la integraban, el Estado, a través del Sistema Educativo Nacional, propuso para el bachillerato su diversificación.

La diversidad del bachillerato —entre modalidades, instituciones, coordinaciones, tipos de control y planes de estudio—, se hizo de manera desordenada, cuidando más la respuesta al aumento constante del número de alumnos que deseaban cursarlo, que a la atención de las características de un país como México, con una gran heterogeneidad y segmentación de sus estructuras social y productiva.

Es claro que el problema no tiene que ver con la decisión de a qué modalidad educativa hay que favorecer. Por el contrario, todos los esfuerzos deberán estar encaminados a retener a los diversos grupos de población que acceden a las distintas opciones, impartiendo una formación de calidad y equitativa, que evite la inducción de un proceso de selectividad y la justificación de las desigualdades sociales relacionadas con caminos, con diversas calidades y estatus, que son seguidos por los distintos grupos de la población.

Bajo el supuesto de que la mitad de los alumnos que ingresan al bachillerato abandonan los estudios antes de terminarlos, por la necesidad que tienen de trabajar, se toma la decisión de diferenciar las modalidades del nivel medio, con base en la falsa disyuntiva que contrapone el trabajo y el estudio: se divide al bachillerato de acuerdo con el destino de sus egresados —los estudios superiores o el empleo semi-calificado, para jóvenes con

precaria formación y con un salario pobre— y se les ofrecen vías escolares de calidades distintas (Villa Lever, 2000).

En su artículo, María Elsa Guerrero destaca la importancia que los alumnos entrevistados (del CCH y de un CBTIS) dan a la educación media como espacio de vida juvenil, el cual se constituye en un lugar de identificación y de diferenciación de los otros, donde se privilegia la comunicación entre pares, se comparten problemas e inquietudes y se dan encuentros importantes entre los miembros del grupo de referencia. El bachillerato es también un espacio en el que la solidaridad y el apoyo afectivo y moral forman parte de la vida cotidiana de los alumnos. En ella se viven, se practican y se forman valores tales como la solidaridad, el compañerismo, la amistad y el respeto a la pluralidad.

Sin embargo, dice la autora, la institución en la que estudian los jóvenes influye de manera importante en las oportunidades y actividades en las que pueden participar y da cuenta de las diferencias entre las dos modalidades del bachillerato que analiza: para los alumnos del bachillerato universitario, la educación media es centralmente un espacio de vida juvenil, mientras que para los estudiantes del bachillerato tecnológico —quienes provienen de condiciones socioeconómicas más precarias y muchos ya trabajan— aunque no deja de ser concebido así, “es prioritario el certificado como posibilidad para mejorar su situación socioeconómica y como posibilidad de acceso a un empleo o a una posición más ventajosa en él, cuando ya lo tienen”. No obstante, dice Guerrero, el bachillerato es un factor que influye de manera importante en la definición de los proyectos de vida de los jóvenes y en su manera de acercarse al mundo social y productivo. Además de ser un espacio de formación, les permite “ensayar” diferentes roles, donde prueban sus capacidades e imaginan posibles escenarios para su vida futura, en lo social —relaciones de pareja—, lo laboral y lo profesional. De ahí la importancia de esta etapa en la vida de un joven.

Estudiar la educación media a partir de la definición de “los jóvenes” como personas activas que buscan y tienen proyectos abre el horizonte de la investigación al dar voz a ese grupo de edad que debe encontrar su lugar en el mundo. Hoy en día el ingreso a la vida adulta —en los ámbitos laboral, social, afectivo, etcétera— no es más que el resultado natural, solamente orientado por el tipo de educación recibida o por el grupo social al que se pertenece, sino que involucra también preguntas sobre cómo se va construyendo ese proceso, qué dimensiones intervienen y de qué manera la institución escolar y los diversos programas de educación media contribuyen a que el mundo del joven se amplíe más allá del ámbito laboral.

En el artículo de María Irene Guerra, la perspectiva de los jóvenes de diferentes contextos socioculturales —estudiantes de un CCH y un CBTIS—, sobre el significado de estudiar el bachillerato, es mucho más amplia que la que les ofrecen las instituciones. Es visto como el medio para “continuar estudios superiores”; como un “espacio formativo”; como “espacio de vida juvenil”; y de encuentro con los pares, alternativo, ante la escasez de espacios de socialización, expresión y participación. Para los jóvenes que cursan la educación media, ésta también es un vehículo de “movilidad social y económica”, particularmente entre aquéllos cuyas familias viven una situación difícil, la mayoría alumnos del CBTIS.

Los estudios superiores siguen siendo la aspiración más preciada de los jóvenes, como estrategia para enfrentar un mundo en constante cambio que plantea continuos desafíos. No obstante, concluye la autora, la desigualdad en la calidad de las modalidades es desventajosa para los jóvenes que pertenecen a ambientes socioculturales y económicos más pobres, pues su estatus de estudiantes no los pone en una condición de igualdad sino que los enfrenta a condiciones escolares y de futuro diferenciadas. En ese sentido, dice Guerra, aunque la educación propicia la integración social, también orienta hacia trayectorias y destinos cualitativamente distintos.

Por otro lado, el centralismo con el que tradicionalmente se han diseñado los programas de las opciones técnico-profesionales, ha dificultado la vinculación de las escuelas con los sectores productivos de las regiones y, por lo tanto, su pertinencia ante las posibilidades de empleo de los jóvenes egresados.

Si se suma la alta tasa de deserción temprana —mayor en las opciones técnico-profesionales que en las propedéuticas—, la poca vinculación efectiva entre escuela y empresas, la doble vía escolar que ofrece mejor calidad en las opciones generales que en las especializadas y la fuerte orientación a la educación media propedéutica en sus tres opciones —los bachilleratos general, universitario y bivalente—, aunada al bajo estatus social de las escuelas técnicas, reforzado por su carácter terminal, se cierra un círculo de desprestigio sobre las opciones de la educación técnico-profesional.

La indefinición de los objetivos y fines de la educación media, como se puede ver en los artículos de Guerrero y de Guerra, el aumento de la matrícula y la baja capacidad de negociación de los actores encargados de ella, los cuales siempre han estado dispersos en los distintos tipos de coordinación a los que pertenecen las opciones existentes, son factores que han influido en que el presupuesto total destinado a la educación no haya tenido entre sus prioridades a la enseñanza media. Según datos de la SEP (1999: 126) en 1999 esa Secretaría destinaba el 9.5% de su gasto a la educación media, mientras que en la básica y en la superior invertía el 65.1% y el 13.7%, respectivamente.

Por otro lado, la disyuntiva sobre en qué opción educativa se van a invertir más recursos —la general o la técnica— es un dilema inexistente, en el sentido en que toda educación de calidad cuesta. Es indispensable la necesidad de mejorar la calidad de la educación media en todas sus modalidades. En la medida en que la mayoría de sus egresados deberán incorporarse al mercado de trabajo, sería conveniente incluir en ellas, aun en la

propedéutica, una cultura para el trabajo y evitar, para las opciones terminales, las falsas especialidades inventadas desde la escuela pero que no existen en el ámbito laboral (De Ibarrola y Gallart, 1994).

El documento “Aprendiendo a trabajar” ofrece una evaluación hecha al Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica y a las universidades tecnológicas por tres prestigiados especialistas que, de algún modo, sirve de contrapunto a los artículos aquí incluidos.

En síntesis, para que el nivel medio pueda responder con una enseñanza que logre resultados de calidad semejante, en los distintos contextos que caracterizan a quienes demandan el servicio de este nivel, es fundamental que se preocupe por:

- a) Imprimir al nivel claridad de objetivos y metas.
- b) Una mayor inversión de recursos económicos, acorde con factores de equidad, el crecimiento de la matrícula y las nuevas demandas impuestas por la evolución tecnológica y del conocimiento.
- c) Tomar en cuenta las representaciones y expectativas que los jóvenes de diferentes contextos sociales, económicos y culturales, tienen de su futuro.
- d) Reflexionar sobre la responsabilidad formativa de la educación media y su papel mediador entre las expectativas de la sociedad y las de los adolescentes, particularmente en relación con el proceso de transición a la vida adulta.
- e) La profesionalización de los maestros de la educación media superior.
- f) Voluntad política para llegar a acuerdos básicos entre los distintos tipos de coordinación que participan en la educación media.

Referencias bibliográficas

De Ibarrola, María y María Antonia Gallart (coordinadoras) (1994), "Democracia y productividad. Desafíos de una nueva educación media en América Latina", en *Lecturas de educación y trabajo*, núm. 2, México: UNESCO/OREALC.

SEP (1999). *Perfil de la educación en México*, segunda edición corregida, México: SEP.

Villa Lever, Lorenza (2000). "La educación media", en Centros de Estudios Estratégicos Nacionales (coord.), *México 2010: pensar y decidir la próxima década*, CEEN/IPN/UAM/Grupo Editorial Noriega, 2 tomos, 1320 pp.